

OBAMA: EL ORO Y EL MORO

Barack Husein Obama ha pasado de ser un candidato desconcertante a convertirse en un presidente, cuando menos, inquietante: no sólo ha negado con muchas de sus decisiones en estos primeros meses cuanto prometió en campaña, sino que se muestra empeñado en llevar adelante una agenda política progresista para la que es más que dudoso que le eligieran poco más de la mitad de los votantes americanos y, aun peor, con una pobre gestión tanto en los aspectos domésticos como internacionales, donde no parece ni ser excesivamente consistente, ni estar logrando los resultados que buscaba.

FALSAS PROMESAS

Obama irrumpió en las primarias como el político anti-*establishment*, el joven senador sin experiencia que ansiaba trascender el politiquero de Washington. También como el candidato capaz y deseoso de trascender la división partidista que exacerbaba los ánimos de los americanos. Ya en su fase de candidato demócrata presidencial fue bajando el diapasón de su retórica alternativa y el colmo, sobre todo para muchos de sus fervientes seguidores, vendría de la mano de la elección de su equipo donde, lejos de mostrarse rupturista, Obama se mostró como una prolongación de Clinton. No sólo se rodeó de asesores de aquella etapa, sino que acabaría por darle a Hillary el puesto más visible para el mundo, el Departamento de Estado.

Rafael L. Bardají es director de Política Internacional de FAES

Y aunque como presidente está gobernando con un ojo siempre puesto en su base más radical, a la que intenta contentar sobre todas las cosas, no es menos cierto que no siempre ha sabido o podido hacerlo, generando sonadas frustraciones entre parte de sus votantes más de izquierdas. Por ejemplo, sus primeras decisiones presidenciales fueron en la dirección de cortar por lo sano con la etapa anterior de George W. Bush en los aspectos más llamativos de la guerra contra el terror, anunciando el cierre de Guantánamo en un año (no inmediatamente, como le pedían muchos) y la denuncia de las supuestas torturas en las que se habría incurrido al ejecutar sobre unos pocos prisioneros de Al Qaeda los llamados interrogatorios coercitivos. Es verdad, Obama haría públicos cuatro documentos al respecto y sugeriría que los asesores presidenciales de su antecesor podrían llegar a ser juzgados por los juicios emitidos en su día, pero tendría que cambiar de posición en lo concerniente a seguir desclasificando más documentos y las famosas fotos de las supuestas torturas que los más radicales le reclamaban, pero ante lo que la CIA se revolvía.

Igualmente, su otra gran promesa política, gobernar desde la superación del bipartidismo, también ha frustrado a muchos de los conservadores que, un tanto ingenuamente, se decantaron por Obama el pasado 4 de noviembre. La persecución política a la que está sometiendo a la anterior Administración no sólo es un corte radical con los hábitos al uso en la cultura del poder en América, sino que abre las puertas a cuantos antiamericanos andan sueltos por el mundo para iniciar causas con un pasado que no debería tocarse. Léase, por ejemplo, la causa general del juez Garzón sobre Guantánamo de la que, en buena lid, se deducirían acciones legales, según el arbitrario principio de la jurisdicción universal, no sólo contra Bush, sino, tal como van las cosas, contra el propio Obama.

La esperada designación para el Tribunal Supremo, donde Obama podría haber dado muestras de la generosidad con la que dice gobernar, ha sido otro acto de puro radicalismo partidista: la jueza Sotomayor no es sino la mejor expresión del tema racial que tanto negó Obama como candidato, pero que tanto, secretamente, le aupó. Sotomayor es latina y de ideología supremacista inversa, es decir, que cree en la inferioridad de los

blancos, no en la igualdad de las personas. Algo que difícilmente puede contentar a los conservadores americanos, por mucho que ahora quiera renegar de sus palabras.

Sí, es verdad que ha borrado del mapa político oficial la expresión “guerra contra el terror”, lo que ha servido para contentar sobre todo a los europeos, pues los americanos de uno y otro bando siguen creyendo que esa guerra, se llame como se llame, existe. Pero con el embrollo de Guantánamo es poco probable que contente a sus bases. De entrada, con tal de deshacerse de los prisioneros allí encerrados, no ha tenido reparos en entregar a países de dudoso respeto por los Derechos Humanos a algunos; igualmente, ha tenido que recuperar las tan denigradas por él mismo comisiones militares, como la única fórmula efectiva para poder sentenciar a los prisioneros del Gitmo. Y en cuanto a la posibilidad de que los que quedan sean acogidos por Gobiernos aliados, entre ellos y de manera vehementemente el español, parece que se desvanece con el paso de los días. Lo mismo que la salida de llevarlos a prisiones de máxima seguridad en suelo americano. Lo que Obama está aprendiendo, aunque sus activistas de izquierda todavía no, es que el nudo gordiano de este asunto no es decidir dónde ubicar los terroristas, sino cómo se les juzga y en base a qué se les condena con una legislación claramente obsoleta ante los nuevos adversarios. Y el pueblo americano no está por la labor de que su presidente deje de patitas en la calle a los presos más peligrosos, sobre todo cuando se ha sabido que casi un tercio de los ya liberados volvieron a ingresar en los grupos de Al Qaeda.

MALTRATO A LOS AMIGOS

Para haber prometido Obama ser el presidente del multilateralismo, poco ha hecho hasta ahora por mantener su palabra. Y no se trata ya de su desdén hacia los aliados europeos, algunos de ellos, como el Reino Unido, inextricablemente ligados a América. El grotesco recibimiento en Washington del primer ministro británico, Gordon Brown, no fue más que un preludio de lo que los aliados tradicionales de América pueden esperar de la nueva Administración.

Y no se trata ya de frivolidades como que Obama no quisiera mantener una rueda de prensa conjunta con Brown, o le correspondiera con un regalo digno de Groucho Marx (25 DVD de películas americanas pero en un sistema incompatible con el europeo). Hay mucho más que eso y bastante más profundo. Por ejemplo, la decisión unilateral, sólo contrastada con Moscú, de no proseguir de hecho con el despliegue de los sistemas antimisiles en suelo checo y polaco. Nada de negociación, sino pura imposición, sobre esos dos aliados. Es verdad, en un acto de especial cinismo, que se dice que Obama no está en contra de las defensas antimisiles, sino que las considera poco probadas y ensayadas, pero se calla que el presupuesto del pentágono para más ensayos ha sido borrado de un plumazo. Lo que no sólo afectará a los europeos, sino también a aquellas naciones que sí consideran relevante defenderse de misiles balísticos, desde Japón a Israel, pasando por Taiwán.

Los europeos, que recibieron a Obama en una auténtica extravagancia de cumbres sin fin, del G-20 en Londres, a la de Praga de EE.UU.-UE, pasando por el 60 aniversario de la OTAN, en Estrasburgo-Khel, apenas le sacaron más que una bonita foto de familia. Eso sí, ellos tampoco le regalaron nada, ni más estímulo financiero, ni más soldados para combatir en Afganistán. Lo que sí tuvieron que leer en la prensa los dirigentes de la Unión, fue el discurso que Obama dio en Turquía, justo después, en donde en aras a reforzar sus relaciones con ese país, y como guiño también al mundo musulmán, demandó que la UE acepte cuanto antes a Turquía como miembro de pleno derecho. Un torpedo a la línea franco-alemana sobre el tema.

Los vecinos del sur tampoco han salido muy bien parados, que se diga. Por un lado el presidente colombiano, Álvaro Uribe, no sólo tiene que luchar con un Congreso en Washington claramente proteccionista y cerrado a aceptar nuevos acuerdos de libre comercio, sino que la Casa Blanca parece distanciarse de su política de enfrentamiento con las FARC, sobre todo cuando se tocan elementos vecinos, como Venezuela. Lula, con quien también se ha visto Obama, tampoco quedó del todo satisfecho, pues la relación bilateral que se perseguía por la Casa Blanca quedaba exclusivamente limitada al tema energético, sin una visión integradora y librecam-

bista para el subcontinente americano. Algo parecido a lo vivido por el México de Felipe Calderón, cuya relevancia para América gira sólo sobre la seguridad fronteriza y el narcotráfico.

Con todo, quien más escaldado está saliendo de la relación con la América de Obama es, sorprendentemente, Israel y su actual gobierno de Benjamin Netanyahu. Lejos de seguir considerando a los dirigentes de Jerusalén sus mejor pieza en el Oriente Medio, la nueva Administración parece inclinarse por considerarlo el mayor obstáculo en su acercamiento al mundo musulmán, con quien de verdad se ansía tener una relación distinta. Del encuentro bilateral en la Casa Blanca no sólo trascendió la extrema frialdad, sino la divergente visión que se tiene sobre los problemas de la zona, culpando la parte americana a la falta de avances en el proceso de paz de asuntos tan dispares como las reticencias iraníes a negociar su programa nuclear.

DURMIENDO CON SU ENEMIGO

Esta actitud hacia los amigos contrasta sobremanera con la buena disposición mostrada hacia los tradicionales adversarios de América. De hecho, la política de *engagement* defendida por el candidato Obama y ahora presidente parece sólo destinada a los enemigos, como si fuera imprescindible para hacerles cambiar de actitud mostrar la cara de una América humilde, dispuesta a renunciar a principios e intereses. Y, sobre todo, a hacerlo unilateralmente, como prueba de buena voluntad, sin demandar reciprocidad alguna.

Así ha pasado, por ejemplo, con Cuba, hacia la que Obama ha reducido las restricciones de visitas y para la que la nueva Administración americana ahora anda pidiendo su reincorporación a la OEA y para la que seguramente está pensando la reducción a la mínima expresión del embargo económico. Las razones de este cambio pueden ser muchas, pero lo que ha generado de momento no es un cambio en el régimen de los Castro, sino un endurecimiento del mismo, volviendo más complicada y difícil toda transición política. Obama se va a encontrar a corto plazo con lo que supone una falta de respuesta real desde La Habana y las múltiples violaciones de los derechos humanos en la isla, algo que no le podrán perdo-

nar por mucho tiempo las bases activistas que le votaron. Y que, de hecho, ya han dado muestras de descontento por olvidarse, por ejemplo, de denunciar la política interna del régimen estato-comunista de Pekín con motivo de la visita de la secretaria de Estado a China.

Y lo mismo le sucederá con el régimen de los ayatolás de Irán. Su deseo de restablecer relaciones oficiales le ha llevado a dos posturas que incrementarán el descontento entre muchos de los suyos y la totalidad de los que no lo son. Por un lado, su apuesta por tender una mano abierta a Teherán (vídeo incluido a Ahmadinejad), le obliga a cerrar sus ojos ante las violaciones permanentes sobre los ciudadanos iraníes, particularmente en grupos como las mujeres y los homosexuales, muy vociferantes entre sus seguidores. La misma presidenta de Amnistía Internacional ya ha mostrado su frustración con un presidente que se olvida del respeto de los derechos de la persona con tanta facilidad.

Pero la segunda de sus opciones alienará aún más a los conservadores y buena parte de sus votantes: para llegar a un acuerdo con Teherán, un acuerdo estratégico regional, tiene que aceptar lo que hasta ahora ha sido inaceptable para la comunidad internacional. A saber, que el proceso de enriquecimiento de uranio en Irán podrá continuar. Cierto, se dirá, que sobre la promesa de no cruzar el umbral de pasar a montar una cabeza atómica con el material que se obtenga, pero si bien monitorizar el enriquecimiento se puede hacer aún sin cooperación, las instalaciones para la explotación militar del uranio pueden ser tan diminutas que pasen por completo desapercibidas. Los ayatolás podrían hacer lo que quisieran si se les dejara seguir enriqueciendo uranio. Por suerte o por desgracia para Obama, él sabe que, según todas las encuestas, más de un 70% de americanos rechaza el programa nuclear iraní y ve en los dirigentes islámicos una amenaza real. ¿Podrá conseguir la cuadratura del círculo y contentar a la vez a los ayatolás y a los americanos?

ENTRE LA VISIÓN Y LA GESTIÓN

Aunque no la explote más que a cuentagotas, nadie puede negar que Barack H. Obama tiene una visión de la América y el mundo que quiere. Lo

que ya no está tan claro es que cuente con una estrategia que la sustente o que su gestión se encamine inequívocamente a lograr materializarla. Ya hemos señalado cómo su acercamiento a Cuba no está dando los frutos previstos, al menos de momento; ni tampoco su apertura hacia Irán. Aún menos la respuesta que se ha podido encontrar con Corea del Norte, desde donde se ha hecho oídos sordos a los cantos de sirena norteamericanos, y elegido lanzarse por la peligrosa cuesta de la nuclearización y la misilística.

Pero es que tampoco se ha visto hasta ahora ni un toque mágico ni una gestión inteligente en el resto de asuntos y problemas. Al contrario, el mago Obama, quien rápidamente iba a cambiar el mundo a mejor, ha dado ya demasiados pasos zigzagueantes e inconsistentes. Y sin que nada ni nadie se apunte al cambio. Más llamativo si cabe cuando se trata de asuntos domésticos donde en teoría cuenta con una popularidad intacta. Resulta sorprendente, por ejemplo, que su líder en el Congreso, Nancy Pelosi, le niegue los fondos necesarios para cerrar Guantánamo. Por no hablar de sus primeros presupuestos, donde tendría que expresarse su nueva visión de la política, pero que han acabado tan prisioneros del reparto de satisfacciones como los anteriores.

Peor espectáculo vino de la mano de los multimillonarios rescates a la banca y empresas del sector automovilístico, acompañados todos de sucesivos escándalos a manos de los dirigentes empresariales, que emplearon sin pudor dinero público para su esparcimiento corporativo. Hasta Obama se vio forzado a aparecer ante las cámaras para admitir el pobre sistema de control utilizado desde su Gobierno sobre el destino de las ayudas.

Es más, se está extendiendo entre muchos americanos la idea de que muchas de las medidas adoptadas por el presidente para lidiar con la crisis económica, poco tienen que ver con la ansiada salida de la misma y sí mucho con su agenda de expansión gubernamental y estatal. No es, por tanto, una paradoja que Obama cuente aún con cerca del 70% de aprobación popular, pero que cerca del 52% no esté de acuerdo con su política económica. Igual sucede con su plan de extensión de la cobertura médica para todos los americanos. Después de su catastrófica reunión con las prin-

cipales compañías del sector (que le aseguraban que se podrían abaratar los costes con medidas concretas y una menor exposición médica a la litigación, por ejemplo), el aumento impositivo general, que se ve acompañado por los impuestos estatales y locales, todos al alza para hacer frente a una creciente factura del gasto público, se ve como una maniobra para conseguir más fondos para otras políticas, como la medioambiental y no necesariamente ligado al sector de la seguridad social.

La contracción del PIB de Estados Unidos (se calcula que en torno al 6% este año) tampoco favorece la imagen de una brillante gestión presidencial, a pesar de que la crisis le aupó a la Casa Blanca y de que le ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos. Puede que sólo sea mala suerte, pero los efectos de los rescates y de la infusión de dinero público todavía no se dejan sentir claramente. De ahí que muchos le critiquen que su paquete de estímulo es solo un carente de imaginación plan de gasto y poco más.

LA GUERRA DE OBAMA

Mucha gente creía que Obama realmente sería capaz de cambiar el mundo desde que se sentara en el Despacho Oval. De momento lo que está consiguiendo es cambiar la política americana. Su gesto más simbólico posiblemente viniera dado por su pronta decisión de poner fecha a la salida de Irak, particularmente las dedicadas a misiones de combate (que acabarán, en teoría, en agosto del próximo año). Aunque, en la práctica, sus plazos no distarán tanto de lo asumido por la Administración Bush, posiblemente su deseo fuera liberarse de una guerra que había literalmente consumido a su antecesor y poder dedicarse, así, a otros temas.

Desgraciadamente, la realidad pocas veces acompaña a los buenos deseos. Si Obama pudo fijar el calendario de retirada americano, fue, como él mismo reconoció, gracias a que Bush nunca se lo planteó y que hizo cuanto estuvo en su poder para buscar una victoria en Irak. Cuando Obama tomó posesión como el 44 presidente de la Unión, Irak se encaminaba por el buen camino. Desde que hizo público su plan, Irak ha vuelto a sufrir con mayor fuerza el zar-pazo del terrorismo. No es lo mismo lo que leen en los labios del presidente

los periodistas del *New York Times*, que lo que leen los seguidores de Bin Laden. Y mientras que para los primeros era el punto y final de una alocada aventura de Bush, para los segundos era una nueva posibilidad de humillar a América. Si Obama se descuida, tendrá que enfrentarse a la guerra que rechazó, porque la violencia estará más presente de aquí en adelante.

Y es que las guerras se sabe cuándo y cómo empiezan, pero casi nunca cuando acaban. Y lo que vale para Irak, le será válido al presidente americano para Afganistán. Obama, por contraposición a Irak, hizo del frente afgano su guerra buena y legítima. El problema es que no por más buena, es más fácilmente ganable. De hecho, la situación sobre el terreno se ha torcido tanto que también una de las primeras directivas presidenciales fue la aprobación del envío de 17.000 soldados americanos más a aquel país.

Para más inri, la vecina Pakistán se vuelve más y más inestable, y el empeño de Obama de hacer de todo un único frente complica las relaciones entre Washington y el Gobierno de Raza Giliani y el presidente Ali Zardari. De hecho, tan ambivalente se ha vuelto la política norteamericana que recuerda, dramáticamente, a la que en su día desarrolló Carter con el Sha de Persia y que tan malos resultados trajo al mundo.

¿CAMBIO O CONTINUIDAD?

Hay comentaristas que señalan que si bien la retórica, los principios y los objetivos de Obama son bien distintos de los de George W. Bush, su práctica no dista tanto de lo que en realidad hizo la anterior Administración. Al menos en lo tocante a la lucha contra el terrorismo yihadista. Es más, hay quien si bien cree que Obama aspira a llevar adelante una política de verdad radical en lo interno y buenista en lo externo, el nivel de las amenazas que pesan sobre América y la resistencia del propio sistema, acabarán por cambiarle a él antes de que él logre cambiar el mundo.

Es posible, pero yo no confiaría tanto en la resistencia del sistema. Hay otros muchos que ven en Obama a un líder que no cree en los Estados Unidos como nación privilegiada y con un papel especial en el mundo; y

hay demasiados que concuerdan en que a este presidente no le pone la política internacional, ni tampoco la económica. Con el mundo y con las finanzas tiene que lidiar porque no le dejan otra opción, pero a lo que él se dedicaría con entusiasmo es a su agenda de transformar América en un país progresista. Desde la energía verde a la educación; desde la injerencia en la conducción de las grandes empresas a los impuestos para los más ricos; desde el igualitarismo al cambio racial.

Yo he escuchado de la boca de uno de sus principales asesores políticos que a lo que aspira esta nueva América es a convertirse en una nación más, normal, como cualquiera de Europa. El problema es que para tener la Europa que hoy tenemos, América pagó con su vida, dinero y paciencia; con su plan Marshall y sus 300.000 soldados desplegados durante más de cuatro décadas en nuestro suelo; con sus armas nucleares y también, por qué no, con el “reaganismo”. ¿Quién puede hacer hoy lo mismo por América, para que la América que hoy tenemos pueda vivir reducida y satisfecha como hoy vivimos los europeos, sin apenas gastar en defensa y sin asumir la responsabilidad de ordenar el mundo? El mundo después de América, equivale a un mundo sin América. ¿Y quién nos va a garantizar nuestra seguridad, nuestra libertad y nuestra prosperidad? ¿Moscú, Pekín, Riad, Teherán, Caracas, La Habana?

OBAMA Y ZAPATERO

Todas las comparaciones suelen ser odiosas, pero entre ambos personajes hay más que superficiales rasgos en común. Salvando las distancias obvias entre la inteligencia de uno y otro, que saltan a la vista, lo cierto es que ambos han construido su carrera política de la nada, sin apenas experiencia profesional; que se han manifestado como auténticos *killers* con sus opositores del mismo bando y del contrario; ambos juegan con las palabras y ambos premian lo simbólico y la imagen, lo aparente, sobre la sustancia y el contenido.

Los dos se definen como claramente progres (ZP, rojo, para ser más exacto) y ambos se sienten a disgusto en sus relaciones con el mundo, prefiriendo el mítin local.

Pero hay una obsesión que les une más allá de lo racional: su pasión por congraciarse con el islam. No sé si Rodríguez Zapatero se remonta a nuestra reconquista y si Obama se basa en sus años de juventud y en su padre, pero es algo que les es común. Ciertamente, Obama no llega tan lejos como para proponer una Alianza de Civilizaciones a la que se aferra como clavo ardiendo de nuestra acción exterior el presidente español. Pero aunque Obama no se dignó a asistir a sus reuniones formales en su última cumbre de Turquía, se ha solidarizado con esta propuesta en su esperada alocución de El Cairo. En Egipto Obama ha comenzado a esbozar su política de “normalización” hacia el islam dirigiéndose directamente al mundo musulmán y al mundo árabe para sentar su doctrina de “un nuevo principio”.

No deja de ser sorprendente que un presidente de una nación se atreva a convertirse en el interlocutor apropiado ante una religión, y precisamente porque él no es un líder espiritual, sus únicos puntos concretos han sido de índole político. Y más concretamente, con su apuesta por un Estado palestino, las concesiones a extraer de Israel y el diálogo con los ayatolás.

Pero, al igual que Zapatero, a Obama no parece interesarle la Historia. Dice que espera el día en el que Jerusalén puedan convivir libremente las tres religiones, y olvida que ese día ya sucedió en 1967, cuando la IDF liberó y unificó la ciudad sagrada. Y habla de Al Andalus y Córdoba como paraísos, sin recordar la violencia que entrañaron.

AMÉRICA Y ESPAÑA

Obama ha sido presentado por los dirigentes socialistas españoles como la salvación exterior para su Gobierno. Atrás quedarían los desplantes calculados de Bush. Pero las palabras, palabras son. A pesar de las coincidencias entre ambos presidentes, Obama sabe comportarse y sabe distinguir quien le viene bien y quien le deja indiferente, por irrelevante. Y Zapatero, me temo, cae en esta segunda categoría. Obama no vino a España en su primera gira europea (a diferencia del primer viaje a Europa de Bush, cuya primera parada fue Madrid), y tampoco pasará por aquí en la segunda. Se anunció la visita de su vicepresidente, de la que nunca más se ha vuelto a hablar.

De lo que sí se ha hablado –y mucho– en Washington ha sido de la retirada española de Kosovo, tan mal planteada como pésimamente anunciada, y de la negativa a reforzar sustancialmente el frente afgano.

Y de muchas otras cosas. Sin ir más lejos de la inclusión de España en la lista de los países que incumplen sus obligaciones en materia de derechos de autor, la famosa lista 103 del Departamento de Comercio de “países piratas”, en donde este Gobierno socialista y radical nos ha puesto en lugar sobresaliente.

La América de Obama y la España de Rodríguez Zapatero están llamadas al mismo desencuentro que en la etapa anterior. Porque para la Casa Blanca la política de gestos es la suya, los demás tienen que dar pruebas –y buenas– de su cacareada amistad. Y a tenor de cómo se comporta Obama con sus mejores amigos, más le valdría a nuestro presidente cuidar muy mucho su visita a la Casa Blanca, a la que tanta energía le dedica. Él y nuestro cuerpo diplomático.

PALABRAS CLAVE:

EE.UU. • España • Valores occidentales

RESUMEN

Tras la expectación mundial causada por el candidato, y después presidente estadounidense, Barack H. Obama, el presente artículo da muestra de cuán divergente es la política que está llevando a cabo de las promesas electorales. Se enfatiza el cambio de prioridades de la política internacional –alterando los roles de países amigos y enemigos–, así como la inexistencia de ese cambio tan manido durante la campaña electoral, pues en realidad el Gobierno formado es meramente continuista del de Bill Clinton. Como conclusión, y salvando las distancias, se hace una concisa comparativa entre Obama y Zapatero, y entre EE.UU. y España.

ABSTRACT

After the worldwide expectation generated by the candidate and subsequent president, Barack H. Obama, the present article gives an account of how different the current policies are from the election promises. The change of priorities in the international agenda is highlighted, thus disrupting the papers of friend and enemy countries, as well as the non-existence of the so-called change, a term much hackneyed during the presidential campaign; because, the truth is, that the Government made is but a continuation of that of Bill Clinton's. As a conclusion and just as far as that gets, a concise comparison is made between Obama and Zapatero and between the USA and Spain.